

MEDIO VIOLÍN Y UN ZAPATO

1.

Suki se había puesto el zapato de tacón, deformado por los juanetes, de madamee Amour y paseaba por el taller de su padre envuelta en una sábana.

—¿Quieres saber tu futuro? —le preguntó a una bota de agua, con quemaduras como lentejas—. Te calzará un pie de viejo y te llevará a la orilla del Sagro. Se te clavará un anzuelo, te hundirás. Y un día serás pescado por una multinacional y acabarás en una lata de sardinas. ¡Oh, pobrecita bota!

Hipó varias veces tan alto que su padre levantó la cabeza. Estaba echando cola a una suela y el taller se había llenado del olor a cuero y engrudo. Su hija paseaba ahora tratando de mantener el equilibrio sobre aquel alto tacón anticuado, como de cabaretera, que bailaba en su pie.

—¡Siento decirle que por más que lo intente usted vivirá arrastrado! —dijo Suki, deteniéndose frente a una pantufla.

Juan, el zapatero, sonrió y siguió con su trabajo. Las gafas le resbalaron hasta el inicio de la nariz.

La niña achinó los ojos, que eran oscuros y orientales como una caja de fósforos, y se cruzó de brazos. Recorrió los estantes llenos de zapatos. Había alpargatas, botas, botines, deportivas, manolequinas, zuecos, chancas y hasta una babucha, casi todos de un solo pie, algunos de los dos. Entonces lo vio. Estaba entre una zapatilla de baloncesto y un mocasín del 48. Era un zapato pequeño, oscuro, hecho en piel serraje, con la suela acolchada revestida de yute. Estaba muy desgastado en la puntera y aquella suela se había levantado y parecía estar a punto de hablar. Le faltaba uno de los remaches metálicos de los ojales y era como si el zapato le estuviera guiñando un ojo. Y, sin embargo, había algo triste en aquel aire abandonado del zapato. Sin duda, era de alguien de su misma edad. Apostaría a que aquel zapato encajaba perfectamente en su pie. ¿De quién sería? Por más que pensaba no caía en la cuenta. Y eso que ella, de un solo vistazo, podía adivinar los dueños de todos los zapatos. Por ejemplo, esa zapatilla de baloncesto, de caña alta, con la suela de goma siempre rota, era de Julia, la pequeña de las Zabala, o esa manolequina, con lacito y terciopelo, de Carlota, que vivía al principio de la calle y que era triste y un poco cursi y que tocaba el violonchelo asquerosamente bien.

El mocasín del 48 era del pomposo don Aurelio, el dueño del edificio del número 54, y la babucha pertenecía al kiosquero Mortadelo para los días en que se levantaba un poco oriental.

Dime cómo calzas y te diré quién eres, solía decir su padre, mientras cepillaba amorosamente el empeine de un zapato o lo abrillantaba con betún frotándolo con un paño.

–Pobrecito zapato abandonado –dijo Suki, mirando aquel calzado diminuto e impar, que acababa de descubrir.

Algo, como un pequeño dolor, le atravesó el corazón. Después acercó las manos sobre el empeine desgastado y entrecerró los ojos para divisar su futuro.

–Serás amigo de un zapato de niña y tendrás una vida feliz a su lado –anunció, poniendo la voz grave, casi masculina, con la que hablaba siempre madame Amour, la vieja pitonisa del edificio de don Aurelio.

Después buscó su propio zapato izquierdo, que había dejado abandonado en una esquina del taller. Se descalzó de una patada el tacón de madame Amour, arrojó la sábana y se arrodilló en el suelo. Tomó su zapato negro, que era una bailarina de terciopelo desgastado y lleno de polvo, con la hebilla plateada, y la colocó junto a aquel otro zapato triste.

–¡Hola! ¿Cómo te llamas? Me llamo Simón. Yo soy Suki. Nunca había visto un zapato tan bonito. Tú tampoco estás nada mal.

La niña hablaba, cambiando los tonos de voz, mientras movía un zapato y otro.

–¿Nos besamos? Vale.

Ahora juntó las punteras y el cerco del zapato de niño se abrió y pareció tragarse el empeine de terciopelo.

–¡Que me come, socorroo! –gritó de mentira Suki mientras alejaba su bailarina perseguida por el zapato de niño.

Después se cansó del juego y dejó los zapatos abandonados de cualquier manera en el suelo de taller, y así, descalza de un pie, se acercó a su padre.

—¿Te ayudo?

Juan levantó la vista. Suki le miraba con la cabeza apoyada en las manos y los codos clavados en la banquilla de madera sobre la que trabajaba. Tenía el pelo recogido en dos moños altos, pero estaba muy despeinada.

—Échale un poco de cola a esa tapa mientras yo hago un remache.

Suki acercó el bote y lo destapó. El olor a pegamento le golpeó la nariz. Era de un color amarillo muy fuerte, muy bonito. Agachó la cabeza y aspiró. Enseguida sintió como un puñetazo en la cabeza y se mareó. Era un mareo divertido. Levantó la barbilla y miró a su padre riéndose. Se le movía un diente y apoyaba la lengua en él, balanceándolo.

—¡No vuelvas a hacer eso! El pegamento es muy malo y te pone el cerebro del revés —le advirtió su padre—. Anda trae.

Pero Suki ya untaba de cola el pincel. La verdad es que lo hacía todo de manera muy descuidada y caían gotas de pegamento sobre la mesa. Juan martilleaba un tacón y sostenía en la boca unos clavos.

—¿Por qué no vas a ayudar a tu madre?

La voz del zapatero salió como un silbido entre los clavos. Era un hombre ordenado y tranquilo, pero a veces Suki acababa con su paciencia desbaratándolo todo.

La niña aceptó y corrió hacia la puerta del taller. Entraba la luz y un trozo de calle por ella.

—Cálzate, Suki.

Suki miró hacia su bailarina tirada en el suelo, ladeada y apoyada sobre aquel zapato menudo y tristón. De nuevo sintió un pequeño dolor y también una ternura.

—No puedo, papá.

—¿Cómo que no puedes?

—Es que mi zapato está haciendo compañía a su amigo Simón. No voy a separarlos ahora.

—¿Qué dices, Suki? ¿Quién es Simón?

—Un zapato de niño muy triste. ¿Es que no lo ves, papá?

Juan volvió la vista y meneó la cabeza. Sin querer se le escapó una sonrisa y tuvo que apretar los labios para que no se le cayeran los clavos.

—Papá, ¿quién trajo ese zapato? ¿De quién es?

El zapatero arrugó la frente y se rascó la cabeza, pensativo. Dejó caer los clavos en la palma de la mano y miró hacia la puerta donde estaba Suki contra toda esa luz y ese polvo que flotaba en ella, pero no miraba a su hija. Miraba más lejos, hacia un lugar que estaba dentro de su cabeza. Revolvía ese lugar y no encontraba nada.

—No lo sé. No lo trajo nadie que yo recuerde. Apareció sobre el mostrador en un momento en que me di la vuelta. Ni siquiera sonaron las campanillas de la puerta.

—Ah, bueno, entonces sería Joselito.

—¿Quién es Joselito?

—El hurón.

—¿Qué hurón, hija?

Juan estaba cada vez más desconcertado. Empezó a frotarse las sienes con el trapo de limpiar zapatos y se las dejó llenas de betún.

—¿A quién se lo habrá robado?

—¿Y por qué un hurón iba a robar zapatos?

—A lo mejor es de algunos niños del edificio que hay frente a la Casa Roja.

—Ahí solo hay un solar, hija.

—Yo hablo de la casa que salió volando.

—¿Volando? Hoy estás más disparatada que nunca.

—Me pregunto si será de Ladrón, al fin y al cabo, él solo lleva un zapato blanco.

—¿Quién es Ladrón?

—Imposible, ese zapato es muy grande para que sea de un gato —continuó la niña sin hacer caso a las preguntas de su padre.

—¿Pero qué dices, Suki? Anda, anda, tráeme ese zapato a ver si lo arreglo esta tarde. Imagino que el misterioso dueño tendrá que venir a recogerlo en algún momento.

—Está bien —dijo Suki atravesando de nuevo el taller y colocando sobre la banquilla los dos zapatos, el suyo y el de niño, con la boca abierta y el ojo guiñado—. Pero no debes separarlos. Simón se pondría muy triste.

—No hay otra solución. Tú tienes que calzarte ese pie.

—¿Cómo puedes decir eso, papá? ¿Cómo puedes ser tan cruel?

La barbilla de Suki tembló de dolor o de indignación y se le encendieron los ojos. Había ensayado muchas veces esa expresión y la verdad es que le salía muy bien. Después, pisando muy fuerte, con su pie calzado y su pie descalzo, salió del taller. Levantaba tanto la barbilla que todo el sol le cayó en los ojos. Las campanillas de la puerta sonaron, el aire entró de un golpetazo en la zapatería y removió el polvo, que se quedó en suspenso, brillante como una constelación, mientras Juan miraba los dos zapatos infantiles, que su hija había colocado sobre el mostrador: la bailarina de terciopelo y el zapato roto, de piel serraje, como una diminuta dama y un niño triste, de mejillas sucias, dándose la mano.